

## **POLITICA, POLITICA ECONOMICA, ECONOMIA POLITICA Y POLITIZACION**

¿Debe la "política" estar al servicio de la "economía" o, por el contrario, debe la "economía" estar al servicio de la "política"? Buena parte de la confusión que hay alrededor de tan importante tópico, y que no parece decrecer con el tiempo, deriva del hecho de que al respecto se opina sin antes haber definido los términos de manera inequívoca.

Un correcto planteo de esta cuestión requiere distinguir entre política, política económica, economía política y politización. En las líneas que siguen entiendo por política a la acción del gobierno; por política económica a aquella parte de la política que tiene que ver con los aspectos económicos de la realidad; y por economía política o, como se dice actualmente, por análisis económico, a aquella parte del saber en general que se ocupa de entender como funcionan los aspectos económicos de la realidad (conviene que la definición de politización emerja por sí sola del análisis).

Declararle la guerra a otro país, terminar con la censura de prensa u obligar a vacunar a los niños contra la polio, forman parte de las políticas posibles de un país; devaluar, tomar empleados públicos o no pagar a los proveedores del Estado, son típicas acciones de política económica; en tanto que estimar la rentabilidad esperada de inversiones en acero, o calcular cuántos jubilados dejan de comer si aumenta el subsidio a la industria forestal, son ejemplos de actividades que pertenecen al ámbito de la economía política (el término economía política se utiliza aquí en su sentido tradicional. Más adelante al referirnos a la "economía política" de la política económica, aludiremos al sentido moderno en que este término se utiliza en la literatura especializada).

Pues bien, para contestar correctamente el interrogante planteado al comienzo de este trabajo, es fundamental advertir que mientras la política y la política económica pertenecen al plano normativo o del deber ser, la economía, entendida como análisis económico, pertenece al plano positivo o del ser. La política, como la política económica, se ocupan de jerarquizar, desde el punto de vista de los valores fundamentales de la sociedad, diferentes situaciones, calificándolas de mejores y peores, típica tarea del plano del deber ser; en tanto que la economía, entendida como análisis económico, se ocupa de averiguar qué es posible y qué no

lo es, en función de los recursos productivos existentes, la tecnología en uso y las instituciones vigentes, típica labor del plano del ser.

Si es mejor que en un país los niños no se eduquen correctamente, pero que los ancianos coman todos los días, a que no haya niños analfabetos pero que los ancianos se mueran de hambre, es una cuestión que sólo se puede dilucidar en el plano del deber ser. Al mismo tiempo, si es posible que en un determinado país, en un momento dado, todos puedan tener vivienda propia o sólo algunos, es un dato "tecnológico", es decir, es una cuestión que se ubica en el plano del ser.

La correcta relación que existe entre los conceptos que se definieron al comienzo de este trabajo es, entonces, la siguiente: porque ambas se ubican en el plano del deber ser, y porque una forma parte de la otra, la política económica está al servicio de la política en general; mientras que en razón de que una se ubica en el plano del ser y la otra en el del deber ser, la economía -insistimos, entendida como el análisis económico- no está "al servicio" de nada.

Esto no implica, desde luego, que la economía no les resulte útil a la política económica y a la política. Por el contrario, es imposible hacer buena política económica y buena política sin prestarle atención a la economía. Lo que ocurre es que, si se desea que la economía sea de utilidad para la política y la política económica, la relación entre aquella y éstas tiene que plantearse correctamente en función de los distintos planos en los cuales se ubican.

Tal correcta relación es la siguiente: la mejor de las situaciones factibles (la óptima, en lenguaje de los economistas) es aquella que, perteneciendo al conjunto de situaciones factibles -según lo indica la economía-, surge como la mejor -según lo indican la política y la política económica-. En lenguaje de los discípulos de Adam Smith: el análisis económico es quien indica cómo llegar a la frontera de posibilidades de producción, mientras que es el político quien señala cuál de los puntos de la mencionada frontera es el mejor según las preferencias de la comunidad (el régimen democrático supone que los políticos elegidos en las urnas son quienes están mejor posicionados para interpretar los deseos de la comunidad, referidos a opciones colectivas -por ejemplo: qué tamaño tiene que tener el Estado, cómo debe financiarse, etc.-).

Digresión. La historia de las denominadas ciencias humanas es, en esencia, la del proceso por el cual, en distintos aspectos de una misma realidad (Smith en economía, Maquiavelo en ciencia o análisis político, Freud en psicología), se separaron los planos del ser y del deber ser. Cómo funciona el homo economicus de Smith, así como como es el comportamiento del "homo politicus" de Maquiavelo o el del "homo psicologicus" de Freud, son datos fundamentales para todo análisis que pretenda saber qué puede pasar en la Tierra... pero en serio, y no a partir de concepciones "angélicas" del funcionamiento de cada uno de nosotros.

Como los mencionados científicos plantearon sus investigaciones en el plano del ser, no se ocuparon principalmente de "calificar" al objeto de sus investigaciones. Pero esto en modo alguno implica que Smith, Maquiavelo o Freud fueran amoraes. Lo que ocurre es que eligieron

contribuir al bienestar humano poniendo su saber al servicio de mejorar el entendimiento del funcionamiento concreto de la persona humana, desde distintos ángulos. Braun (1973) aclara que el consejo de Maquiavelo al Príncipe es que sea lo menos malo posible (porque lo demás sería sadismo, no ciencia). La contribución de Maquiavelo, en principio aplicable a cualquier ciencia, consiste en decirle al Príncipe que si intenta ser menos malo de lo que mínimamente no tiene más remedio que ser, va a terminar siendo mucho más malo de lo que podría haber sido de haber seguido sus "inhumanos" consejos; y esto es hacer el bien, aunque no parezca.

Seguramente que a Maquiavelo no le debe haber hecho ninguna gracia descubrir que, en el plano político, los hombres somos como somos; lo importante es que tal impresión no lo detuvo, y por eso nos enseñó a entender mejor cómo funciona el mundo. En economía ocurre algo parecido: "a nadie le gustaría que su hija se casase con el Homo economicus", ironizó Kenneth E. Boulding (1969) en su conferencia presidencial de la Asociación Americana de Economía, no obstante lo cual los economistas no dejamos de modelar sobre la hipótesis del homo economicus, cada vez que creemos que nos sirve para entender algún problema que hay que enfrentar.

. . .

Dada la relación que se acaba de plantear entre política, política económica y economía política; ¿pueden los economistas opinar sobre política y sobre política económica; pueden quienes no son economistas opinar sobre economía política? Nuevamente, buena parte de la confusión reinante sobre las respuestas a estos interrogantes tiene que ver con no distinguir entre un par de conceptos fundamentales.

Tal distinción es la que existe el rol profesional del economista y la actuación personal del ciudadano cuya profesión es la de economista. Los economistas en cuanto tales fuimos creados por Dios (¡y no por Satanás, contrariamente a lo que creen algunos!) para ayudar, en el plano del ser, a identificar las alternativas factibles referidas a los aspectos económicos de la realidad; mientras que como personas, como el resto de los ciudadanos y sin pretender tener conocimientos especiales, opinamos sobre las cuestiones últimas de la sociedad en que vivimos. Robbins (1981) enfatizó esta distinción, que el propio Robbins ya había señalado en su célebre «Naturaleza y significación de la ciencia económica, pero que en su versión original resultó malinterpretada por muchos colegas.

La falta de diferenciación entre rol y persona lleva a algunos a negarle lugar a la persona, y a otros a rechazar la limitación del rol; y ambas posiciones resultan equivocadas. Lo importante es la clarificación del carácter en el cual se hacen las afirmaciones. Ejemplo: no solamente es perfectamente lícito, sino que también es necesario para el desarrollo personal, que aquellas personas cuya profesión es la de economista tengan opinión propia sobre cuestiones como si tiene que haber censura de prensa, si el voto tiene que ser secreto o si tiene que haber libertad de cultos... aclarando en cada caso que sus opiniones sobre tales cuestiones no surgen del hecho de que estudió economía.

Personas con entrenamiento en economía no solamente opinan sino que actúan en los más altos niveles del gobierno. Ozal, actual presidente de Turquía; Giscard D' Estaing, ex presidente de Francia; Sánchez de Lozada, candidato a presidente de Bolivia; Cavallo y Guido Di Tella, ex canciller y canciller de Argentina, son contraejemplos del principio según el cual los mayores niveles de los gobiernos tienen que estar en manos de abogados, médicos o... generales (el entrenamiento del economista profesional, muy intensivo en el proceso de diagnóstico y toma de decisiones, le brinda ventajas relativas -a otras profesiones- para operar en las mencionadas funciones).

Clarificado el sentido en el cual los economistas podemos opinar y actuar en política y en política económica, pasemos al segundo interrogante: ¿pueden, quienes no son economistas, opinar sobre economía política? Otra vez, buena parte de la confusión reinante surge de no hacer una distinción fundamental, en este caso entre economista y graduado en ciencias económicas.

Los (buenos) economistas creemos en lo que predicamos: no podemos enseñar en el aula las ventajas de la competencia, para después restringir la opinión sobre cuestiones de economía política, sólo a quienes se graduaron en ciencias económicas. Y esto en un doble sentido: por una parte, porque hay -o hubo- mucha sensatez en personas que no se graduaron formalmente en economía (con perdón de los demás, mi mejor profesor de economía en la Universidad Católica Argentina fue el ingeniero Francisco García Olano, por la forma en que nos enseñó a combinar teoría y práctica); y por la otra, porque la graduación en economía, como indica la experiencia, en modo alguno asegura que quien habla diga cosas sensatas al referirse a cuestiones económicas. El ingeniero Alsogaray, así como los abogados Olivera y Martínez de Hoz pelean con las suyas en el mercado de las ideas, y -afortunadamente- nadie les pide los "títulos" antes de que comiencen a hablar.

Alfred Marshall se ocupó del rol del economista. Según su ideal profesional, en rigor aplicable a todas las profesiones, el economista socialmente útil es aquel que pone la cabeza fría al servicio del corazón caliente; porque sin corazón caliente el plano del deber ser que está dentro de cada uno de nosotros se desorienta, mientras que sin cabeza fría la toma de decisiones termina complicándole la vida de aquellos a los cuales, de corazón, se quiere ayudar (los jubilados no quieren compasión, quieren soluciones; cuando en una universidad se hace huelga por razones presupuestarias, en la facultad de ciencias económicas deberían organizarse seminarios para discutir profesionalmente la cuestión, no repetir lo mismo que se dice en las facultades de farmacia, filosofía o ciencias exactas). Por eso, cuando le hablo a estudiantes de universidades católicas, siempre les digo que si quieren ser buenos economistas católicos tienen que empezar por ser buenos economistas; porque sólo entendiendo cómo funciona realmente el mundo en que viven van a estar en posición efectiva de mejorarlo, según lo que ellos entienden que son criterios católicos.

. . .

Hasta aquí el planteo relevante en un mundo donde tanto los economistas como los políticos "cumplen con su deber". ¿Cuán lejos están, en la práctica, unos y otros de esto?

Comencemos por casa. ¿Hasta qué punto los economistas ayudamos a que los seres humanos vivamos lo mejor posible? Esta es una pregunta que admite múltiples contestaciones. En Economía: ¿una ciencia, varias o... ninguna? (Fondo de Cultura Económica, 1993) busqué consensos profesionales en el contenido de las 105 conferencias más importantes pronunciadas por los "grandes" del análisis económico en los últimos 30 años (por ejemplo: las conferencias Nobel). Encontré, no sorprendentemente, notables consensos sobre múltiples cuestiones, pero no sobre si los economistas, como gremio, estamos "a la altura de las circunstancias" desde el punto de vista de la utilidad práctica de nuestros esfuerzos. Para algunos, quienes hacen análisis económico realizan esfuerzos útiles para entender la realidad y posibilitan mejorarla; para otros el análisis económico adquirió "vida propia" y responde muy poco a necesidades reales, como contestar preguntas que ayuden a mejorar la toma de decisiones, pública o privada (me inscribo más en el segundo grupo que en el primero).

Sí destaco que los economistas nos ocupamos del bien común. Es que, acostumbrados a pensar en términos de lo que denominamos modelos de equilibrio general, tendemos a ocuparnos no solamente de aquellos que están presentes en las reuniones, los debates o la mesa de negociaciones, sino también de los ausentes involucrados. ¿Quién, fuera de los economistas, se acuerda de los consumidores, cuando gobierno y productores discuten el arancel de importación de un producto?; ¿quién, fuera de los economistas, se acuerda de los ahorristas, cuando gobierno y deudores discuten el nivel de la tasa de interés?

Por su parte, los políticos no cumplen con su deber en la medida en que politizan la política económica, el término que faltaba definir de los introducidos al comienzo de estas líneas. Dicha politización ocurre cuando las autoridades, pensando que la mejor de las alternativas factibles es muy pobre frente a sus aspiraciones, "eligen" una alternativa no factible según la economía.

La politización de la economía es comprensible a nivel puramente humano. ¿Quién, frente a las desgarradoras consecuencias humanas del principio de escasez, como frente a la enfermedad de un ser querido, no ansía la "violación" de las leyes de la economía, de la medicina, etc.? ¿Cuál es el problema? Que las autoridades que politizan sus decisiones terminan ubicando la economía en una posición peor, no solamente que la que habían elegido - que no era factible-, sino también respecto de otras, factibles, peores que la elegida, pero mejores que la lograda. Los que politizan aumentan los problemas en vez de disminuirlos (en El léxico de los cínicos, de J. Green, 1984, leí que la principal fuente de problemas son... las soluciones). Por eso a los Reyes Magos les pediría que existieran; pero si esto no es posible, entonces les pediría que en materia económica no se politizara la toma de decisiones.

La historia económica argentina es una riquísima ilustración de este punto, pero no la única. Harberger (1989) apunta que México, con Rodrigo Gómez al frente del Banco Central y sin petróleo, creció con estabilidad de precios; en tanto que sin Rodrigo Gómez pero con petróleo se estancó y sufrió la inflación (de donde se deduce que, en términos de resultados

económicos, una buena administración es frecuentemente mucho mejor que la disponibilidad de recursos productivos valiosos, como muestran también los casos de Japón y... Argentina).

. . .

Hasta aquí la situación presente. Mirando para adelante; ¿cabe esperar que los economistas mejoremos; cabe esperar que los políticos despoliticen su toma de decisiones; qué estamos haciendo al respecto los economistas que, dentro del análisis económico, orientamos nuestros esfuerzos a modelar la política económica?

Primero una respuesta general a todos estos interrogantes. Algunos años de vida, junto a algunas lecturas sobre historia, me han convencido que más que en claras tendencias en un sentido o en otro ("ahora o nunca"; "última oportunidad", etc.), lo que siempre ocurre es que, como consecuencia de fuerzas que tiran en un sentido y en el otro, la realidad fluctúa. Lo cual, dicho sea de paso, desdobra el análisis que sigue en, por una parte, el punto de vista del observador, y por la otra, en el del desafío personal.

Comencemos por los políticos. Sobre la "atmósfera" en la cual se toman decisiones (inspirada en el caso inglés, que no es de los más "desprolijos"), reproduzco la para mí inigualable -por lo colorida, a la vez que sintética- descripción de Cairncross (1985), quien sostiene que "en la práctica rara vez las opciones políticas son blanco o negro, bueno o malo. Generalmente se presentan dentro de un conjunto de consideraciones, dentro de las cuales las económicas no resultan decisivas", agregando que "las políticas de los gobiernos son por definición una cuestión política. Si usted está pensando en lo que el gobierno debería hacer, es imposible ignorar la clase de gobierno que hay, y cuánto gobierno usted desea. Los gobiernos son animales políticos, movidos por consideraciones políticas", para culminar así: "la política no se forma en el vacío, sino que surge de una maquinaria que tiene varias características organizacionales bien definidas con las cuales mejor resulta andar bien. El gobierno está formado por un conjunto de pelados y en cierto modo aturdidos hombres que se sientan alrededor de una mesa, acuciados y faltos de tiempo, llenos de dudas y dogmatismos, con todas las fuerzas y las debilidades de los políticos exitosos". A lo cual agrego la siguiente afirmación de Triffin (1981): "Hay que respetar a los que hacen la política económica, recordando que ellos arriesgan su carrera aceptando nuestro consejo". Si tiene tiempo, en materia de brillante descripción y análisis de la toma de decisiones gubernamental no hay nada parecido a la que aparece en las Memorias de Kissinger (1979 y 1982), a su vez analizadas en de Pablo (1991).

En cuanto a los economistas, 3 puntos resultan relevantes: en primer lugar, su interés, de aquí en más, de ocuparse más o menos que hasta ahora de problemas concretos; en segundo lugar, la forma en la cual el gremio está tratando de entender cómo es que en realidad funcionan los gobiernos; y en tercer lugar, la medida en que, de aquí en más, algunos discípulos de Adam Smith, ignorando el punto de vista de Marshall, van a confundir más que ayudar a los políticos, racionalizándoles sus humanamente entendibles fantasías, en vez de ayudarlos a entender mejor qué es lo que está pasando y qué es lo que puede llegar a pasar. El análisis

termina con una breve reflexión sobre la oportunidad que surge, en términos de decisiones, en los momentos de crisis.

La primera cuestión, esto es, si los economistas estamos ayudando a mejorar el entendimiento y la toma de decisiones concretas, suele enfocarse mirando casi exclusivamente a quienes, en cada momento, forman la "crema académica mundial" de la profesión. Esto es un error. Quienes trabajan en la frontera del conocimiento a veces avanzan, a veces no, pero normalmente se necesita mucho tiempo para saber si determinado descubrimiento es útil o no (¿no fué la aplicación del enfoque monetario de la balanza de pagos, y su principal consecuencia de política económica, la "tablita cambiaria", un dramático buen ejemplo de aplicación prematura de nuevos "descubrimientos" de la profesión?). Al respecto lo que es importante rescatar es que la teoría económica que se necesita para hacer política económica es, en definitiva, el "ABC" de la economía; lo importante es que quien integra un equipo económico lleve dichos conocimientos en la sangre, es decir, que los aplique en el momento de la toma de decisiones, y no que los tenga en su cabeza como un adorno, para deslumbrar a los no iniciados.

En el segundo frente, es decir, en el de modelar formas de gobierno más cercanas a la realidad, la profesión hizo notables avances en las últimas décadas. A mediados de la década de 1950 Tinbergen (1956), quien junto con Frisch compartiera el primer premio Nobel en economía, buscó los requerimientos de consistencia lógica necesarios y suficientes para que una política económica resultara exitosa (de ahí surgió el teorema de Tinbergen, que a mí me gusta enunciar así: "si en un país el ministro de economía cuenta con no más de 2 instrumentos de política económica, mejor que no sueñe con más de 2 objetivos de política económica).

Para privilegiar en el análisis la cuestión de la consistencia lógica de la política económica, Tinbergen aisló el resto de las consideraciones relevantes; dicho de otra manera, supuso implícitamente que el gobierno estaba en manos de individuos que todo lo sabían, que sólo pensaban en sus gobernados, que resistían exitosamente todo tipo de presiones, etc.; en una palabra, con el fin de destacar un aspecto de la realidad Tinbergen supuso implícitamente que el gobierno está integrado por ángeles.

Desde hace más de una década la profesión -más precisamente, la porción académica de la profesión- está balanceando la clase de gobierno implícita en los modelos de la teoría de la política económica... lo cual representa una vuelta a cómo los grandes economistas clásicos pensaron la cuestión (por eso, en la literatura moderna, resucita la expresión "economía política", cuando se le presta atención, no solamente a la consistencia lógica de la política económica, sino también al resto de las consideraciones que resultan relevantes dada la forma en la que funcionan los gobiernos).

Hoy, para citar algunas de las líneas de investigación existentes, la profesión cuenta con modelos que incluyen en el análisis hipótesis como la de la "entrega" del gobierno a intereses específicos dentro del sector privado (como lo analiza la teoría de la búsqueda de rentas), la perfidia de quien utiliza la función pública exclusivamente para perpetuarse en el poder (como lo plantea la teoría del ciclo económico de raíz política), o el hecho de que una misma medida

de política económica tiene efectos distintos dependiendo del grado de credibilidad que las autoridades tengan en la población (como lo plantea el enfoque de credibilidad y reputación).

Esto no quiere decir que los economistas nos estamos olvidando de ser economistas; quiere decir que estamos generalizando nuestros análisis, para incluir dentro de ellos el funcionamiento concreto del gobierno (para un economista, el gobernante que no hace lo que dice la teoría convencional de la política económica, ya no es más un ignorante, sino que tiene alguna razón que, siendo "buena" para él, tiene costos en términos del funcionamiento del sistema económico).

Queda, por último, la cuestión de aquellos economistas que, en vez de ayudar a los políticos con los cuales interactúan, enseñándoles a ver, les racionalizan las fantasías que estos tienen acerca del funcionamiento del sistema económico, fantasías totalmente explicables por razones humanas y de falta de profesionalidad (yo presencié discusiones en las cuales el político le tuvo que decir al "economista" que eso que él estaba proponiendo no era técnicamente posible). Stigler (1965) apunta que no hay que esperar mucho al respecto. En sus palabras: "uno puede encontrar psiquiatras que testifiquen en favor de cada posición sobre cada caso en particular. Lo mismo ocurre con los economistas".

Que, frente a los poderosos, el profesional -o, peor aún, su gremio- no sepa ejercer su rol profesional, no es patrimonio de los economistas. Luna (1978), al analizar la presidencia de Ortiz, mostró cómo los oftalmólogos como gremio "tampoco estuvieron a la altura de las circunstancias", al no hablarle claramente al entonces primer mandatario acerca del problema que tenía con su vista. Y a nivel internacional Accoce y Rentchnick (1977) mostraron cómo los médicos, frente a sus "ilustres pacientes" (presidentes, papás, etc.), que son a la vez sus jefes y sus pacientes, también estuvieron con frecuencia por debajo de lo que correspondía desde el punto de vista profesional.

Personalmente, y ya entrando en el tema final de estas líneas, creo que la crisis que viven países como Argentina, ayuda a la "limpieza" desde este punto de vista. Hoy es mucho más difícil que hace no más de 5 años, encontrar economistas que sean "blandos" en materia fiscal, que luchen "por la reactivación y no por la reducción de la inflación", o "por la baja de la tasa de interés para aumentar el salario real". Quedan, pero ahora son muy poco escuchados.

Es que, desde 1985 para acá, lo que aprendieron los políticos que miran los hechos, es que la buena economía, la imagen presidencial y los resultados electorales, van de la mano. En noviembre de 1985, con el Austral a pleno funcionamiento, Alfonsín ganó la elección de Diputados; en setiembre de 1987, con el Austral hecho pedazos, Alfonsín perdió la elección de Gobernadores; en mayo de 1989, con hiperinflación, Alfonsín perdió la elección presidencial.

La presencia, y más aún la inminencia, de una crisis, es un gran acicate para la acción gubernamental. Así como, a pesar de los consejos, no hacemos "odontología preventiva", sino que vamos al dentista cuando el dolor resulta insoportable, así los gobiernos comienzan a actuar cuando la crisis está a punto de estallar o en pleno desarrollo. Los economistas que trabajamos en política económica pero no pertenecemos al "riñón" de la toma de decisiones lo sabemos, y corremos solícitos a los pedidos de auxilio de las autoridades, lo cual recién ocurre

cuando se sienten acorraladas. Y no llegamos con recriminaciones (que en todo caso incluiremos cuando escribamos la historia); llegamos con las -normalmente drámaticas- opciones que son normalmente las únicas factibles en épocas de crisis. A veces, a raíz de intervenciones como éstas, el economista gana puntos, y se pueden evitar crisis futuras; pero no es seguro, porque aflojada la presión, no todos los gobernantes se acuerdan de lo que, con extrema claridad, vieron momentos antes, durante la crisis. Esto permite entender la alegría de Friedman (1986) por la existencia de déficit fiscal en los Estados Unidos. En sus palabras: "el déficit fiscal es lo único que nos hace pensar en serio en controlar el gasto público".

Accoce, P. y Rentchnick, P. (1977): El poder, los hombres y las enfermedades, Huemul.

Boulding, K. E. (1969): "Economics as a moral science", American economic review, 59, 1, marzo.

Braun, R. (1973): "Reflexión política y pasión humana en el realismo de Maquiavelo", Desarrollo económico, 13, 49, abril-junio.

Cairncross, A. (1985): "Economics in theory and practice", American economic review, 75, 2, mayo.

de Pablo, J. C. (1991): Los 10 mandamientos del buen gobierno según Henry Kissinger, El cronista comercial.

Friedman, M. (1986): "Economists and economic policy", Economic inquiry, 24, 1, enero.

Harberger, A. C. (1989): "The economist and the real world", International center for economic growth occasional papers 13, agosto.

Kissinger, H. (1979): Mis memorias, Atlántida.

Kissinger, H. (1982): Mis memorias, Atlántida.

Luna, F. (1978): Ortiz, reportaje a la argentina opulenta, Sudamericana.

Stigler, G. J. (1965): "The economist and the state", American economic review, 55, 1, marzo.

Tinbergen, J. (1952): Economic policy: principles and design, North-holland.

Triffin, R. (1981): "An economist's career: what?, why? y who?", Banca nazionale del lavoro quarterly review, 138, setiembre.